

hallen asiento en nosotros. Y para que confiadamente podamos decir con el Profeta: *Domine, exaudi vocem meam*. Ya yo he hecho lo que es de mi parte, que es llamaros de lo íntimo de mi corazón; haced vos ahora lo que es de la vuestra, que es oirme.



CAPITULO IX

EN QUE SE DECLARA CUÁL HORA DE LA NOCHE ES MÁS Á PROPÓSITO PARA LA ORACIÓN, Y OTRAS CIRCUNSTANCIAS NECESARIAS PARA ELLA.

BIEN parece que bastaba lo dicho acerca del tiempo de la oración, especialmente ayudados de tantos y tan graves testimonios en favor de la noche; pero porque no todos somos Arsenios, Hilariones ó Antonios, que, á imitación de Cristo, juntaban el día con la noche orando, y en este ejercicio se les ponía el sol y les amanecía, acomodándome con el Apóstol á la flaqueza de los hombres, quise determinar aquí cuál de las vigiliias ó parte de la noche es más á propósito. Porque sin duda ninguna conviene mucho al varón espiritual tener hora señalada para con veras vacar á Dios y tratar de su salvación. Que como para la necesidad del cuerpo se busca el tiempo más conveniente en que reciba refección una ó más veces en el día, así al ánima que desea vivir en el amor divino le importa y es muy necesario tener señalado

tiempo en que, ceñidos los lomos y faldas en cinta, se aperciba para luchar con su Dios, de cuya mano ha de recibir espiritual refección cada día. No es justo que el esclavo tenga sus tiempos señalados para sus contentos y gustos sensuales, y la señora esté privada de los del Cielo y del convite soberano de que gozan las almas que por la oración se llegan á Dios. Y aunque pudiéramos traer aquí muchas razones para confirmación de esta nuestra, basta saber que como del obrar bien frecuentemente queda en el ánimo un hábito que le hace fácil la virtud, por dificultosa que parezca, así la determinación del tiempo para vacar á la contemplación, siendo continuado, engendra en esa misma ánima una afable complacencia y gusto de cumplir en aquella hora su ejercicio y tarea. Y aun acontece que cuando, por algún impedimento, esta hora se dilata, interiormente es nuestra alma reprendida y padece no pequeña aflicción, en particular si halla la causa de esta dilación no haber sido muy justa, porque juzga, y es ello así, que el tiempo que una vez se pasa y pierde no se puede volver á cobrar. Y perder una hora del trato familiar de Dios es más que perder todo el mundo.

Determinando, pues, la hora de esta lucha y duelo espiritual, y siguiendo, como en las demás cosas, el parecer de los Santos, de filósofos y médicos, hallo ser la más acomodada y á propósito la de la mañana; de la cual muchas más

veces que de lo profundo de la noche, ó de la primera y segunda vigiliás, hacen mención los Profetas y toda la Escritura (1). Y Aristóteles, en sus *Económicas*, manda que los hombres estudiosos y que codician la sabiduría se levanten poco antes de la luz, la cual afirma él ser saludable, no sólo para el ánimo, sino también para el cuerpo. Aunque advierte que, para semejantes vigiliás, las cenas han de ser ligeras y fáciles.

Marsilio Phiscino, libro *De tuenda sanitate*, dice que tres monstruos ocurren á los estudiosos y contemplativos en el camino de las ciencias, que, si no se vencen, totalmente impiden el estudio de la contemplación. El primero, dice él, es el trato venéreo, aunque sea lícito, especialmente si hay exceso y demasía, porque seca, agota y consume los espíritus más sutiles, debilita el cerebro y destruye el estómago. De aquí es que Hipócrates, príncipe de la Medicina, comparó la comunicación y trato de la carne á la enfermedad que llaman gota coral, porque hiere y daña la mente (que es la parte superior y sagrada del ánimo racional), como lo está el corazón en los que padecen la dicha enfermedad. Por lo cual, no sin mucha razón, pintaron los antiguos á las Musas y á la diosa Minerva (que lo era de las ciencias) en hábito de vírgenes, y por tales las confesaron y honraron. Y aunque pudiera de los tesoros de la divina Es-

(1) I Paralip., 22. Job., 8. Isaí., 22.

critura sacar á este propósito admirables testimonios y riquezas de gran precio, que favorecen la pureza virginal y continencia de los gustos y sentimientos lascivos y carnales, por no extender este tratado más de lo que conviene, con una sola cosa me contento al presente (pues hablo con sabios), y es con decir que la naturaleza ningún sentido dejó más lejos de la sabiduría é inteligencia que el del tacto. Y el Espíritu Santo lo confirma con palabras bien claras, diciendo (1): *En el ánimo malquista no entrará la sabiduría, ni morará en el cuerpo sujeto á pecados; conviene á saber: de carne.*

El segundo monstruo es la gula. Porque el demasiado manjar revoca toda virtud de la naturaleza al estómago para el cocimiento de él; de donde sucede que, no pudiendo atender á la especulación y digestión, el manjar mal cocido, con muchos y gruesos vapores y humores, embota los filos y aceros del entendimiento y le ofusca. Y aunque demos que bastantemente se cueza, con todo, como afirma Galeno, *el ánimo, ahogado con la gordura y sangre, ninguna cosa celestial puede contemplar ni ver.* Pues si al demasiado mantenimiento se junta demasiado vino, ya se ve la humareda que subirá á la cabeza y cuán inhábiles dejará á los hombres que en estas dos cosas excedieren.

El tercero y último monstruo (que no sale de

(1) Sap., 1.

las casas de los grandes y regalones del mundo), es el velar hasta las medias noches, con obligación de dormir hasta los medios días. Y porque muchos hombres estudiosos y contemplativos viven engañados, siguiendo este orden de vigiliias, para que se vea cuánto daño recibe de esto la salud y el ingenio, quiero, en gracia de ellos, poner aquí algunas razones filosóficas que les obliguen á mudar el estilo y seguir otro orden en sus ejercicios. La primera tomaremos del Cielo; la segunda de los elementos; la tercera de los humores; la cuarta de la naturaleza y propiedad del estómago; la quinta del orden del Universo; la sexta de los espíritus animales, y la última de la fantasía. Y, viniendo á lo primero, por principio de esta doctrina se debe notar que tres planetas, conviene á saber, el Sol, Venus y Mercurio, son muy favorables al ejercicio de la contemplación y especulación. Estos, corriendo á una y casi con iguales pasos, cuando la noche se acerca huyen de nosotros; mas cuando amanece, y el día se levanta y vuelve, nos vuelven ellos á visitar. Salido el Sol, repentinamente son encerrados en la duodécima región ó plaga del Cielo, que, según los astrónomos, está diputada para cárcel y tinieblas (1). Síguese que ni en la primera, segunda ni ter-

(1) Advierta el lector que la expresión incisa según los astrónomos parece indicar que el autor no da demasiada importancia á esa extraña opinión, aunque la cita á su propósito conforme á las doctrinas entonces recibidas. (N. del E.)

cera vigilijs de la noche, cuando estos planetas se alejan de nosotros, ni entrado mucho el día, cuando entran en la dicha cárcel, es tiempo á propósito para especular y contemplar, sino en la cuarta vigilia, cuando se levantan y se nos acercan. Que aun, según San Mateo y San Marcos, habiendo padecido tormenta los Apóstoles toda la noche, poco antes que amaneciese, en la cuarta vigilia de ella les apareció Cristo y los consoló. Y en el libro de la *Sabiduría* se escribe: Los que de mañana velan en buscarme á Mí, hallarme han.

Síguese la segunda razón de los elementos. Saliendo el sol, se mueve el aire y se adelgaza y queda claro; poniéndose, es al contrario. Pues si la sangre y espíritus de necesidad siguen el movimiento y calidades del aire que nos rodea y baña, y les es tan semejante en la naturaleza, bien se colige que, no en lo más profundo de la noche, sino al entrar del día, se ha de especular y contemplar.

La tercera razón de los humores es la siguiente: Cuando ríe el alba, ya que el sol da muestras de su venida, la sangre se mueve y renueva en el animal, y con el movimiento se adelgaza, caliente y queda clara, y suelen los espíritus seguirla é imitarla; pero, llegándose la noche, lo melancólico, craso y frío predomina en nosotros, lo cual sin alguna duda vuelve los espíritus inhábiles para especular y contemplar los secretos divinos.

Pues si llegamos á considerar el orden de las cosas, veremos que tiene gran fuerza la cuarta razón. Porque el día está diputado para velar, y la noche para descansar, reposar y dormir; porque cuando el sol se allega á nuestro hemisferio, ó anda sobre él, con sus rayos abre las vías del cuerpo, y del centro á la circunferencia dilata los humores y espíritus, lo cual aprovecha y despierta para las vigilijs y acciones humanas. Al contrario es cuando el sol se aparta, que todas las cosas se coartan y estrechan, lo cual naturalmente convida al sueño. Cualquiera, pues, que por la mañana duerme, cuando el sol y el mundo le despiertan, y vela hasta las medias noches, cuando la misma naturaleza le obliga á dormir y á descansar, contradice al orden del universo, y á sí mismo se hace guerra, porque es perturbado y distraído con movimientos á un tiempo contrarios; porque, cuando el universo le mueve á las cosas exteriores, él se mueve á las interiores y adentro. De aquí es que, pervertido el orden natural, por una parte el cuerpo todo se resiente, y por la otra los espíritus y el ingenio se corrompen y padecen notable detrimento.

Síguese la quinta razón, tomada de la calidad del estómago. Este, con la continua acción del aire del día, como los poros están abiertos, se dilata demasiado y, volando y ausentándose los espíritus, queda debilitado y flaco; y como esperá la noche para cobrar nuevos espíritus con

qué sustentarse, cualquiera que en ese tiempo comienza largas y dificultosas especulaciones retrae cuanto puede esos mismos espíritus á la cabeza; los cuales así retraídos, ni bastan para ella ni para el estómago, y así el manjar se queda crudo, el estómago se corrompe, y la cabeza se llena de vapores gruesos. Añadamos aún más contra los dormilones que, procurando sus delicias y regalos sensuales, por justo juicio de Dios caen en aquello de que tanto huyen, que es enfermedad y muerte. Porque de no levantarse por la mañana, para que de los excrementos retenidos con el sueño y frialdad de la noche todos los miembros se purguen, reciben tanto perjuicio, que afirman todos los médicos ser ésta una universal causa de las miserias y enfermedades que los tales padecen, y de tener los entendimientos tan botos, que un buen sentimiento de Dios no le alcanzan ni cabe en ellos. Con mucha razón, por cierto, podríamos llamar á éstos lechuzas ó murciélagos, porque verdaderamente los imitan en esto; que como aquellas aves nocturnas, con la luz del sol pierden la de sus ojos, así estos animales nocharnegos é hijos de las tinieblas pierden los filos del entendimiento, y andan anublados y oscuros con el resplandor de la verdad.

Prometimos la sexta razón de los espíritus, y vamos á darla. Estos, principalmente los más sutiles, con las fatigas del día se resuelven, y para la noche quedan pocos y gruesos, y, por

consiguiente, no aptos para el estudio de la especulación; mas, después de haber dormido, por la mañana son recreados los espíritus; porque, corroborados y fortalecidos los miembros, de manera que tienen de ellos poca necesidad, y siendo muchos los dichos espíritus sutiles, sirven al cerebro y le son de grandísimo provecho.

Y porque ya voy temiendo ser reprendido de muy médico, haciendo oficio de teólogo, concluyo con la séptima razón de la imaginación ó fantasía. Esta, siendo con muchas, prolijas y contrarias imágenes, pensamientos y cuidados, distraída y turbada con las vigiliass de la noche (lo cual de todo punto es contrario á la siguiente contemplación, que pide el ánima serena y sosegada), no se compone ni se aplaca ni quieta menos que con el sueño, sosiego y pausa de la noche. A lo menos, tenemos experiencia de la quietud de nuestro corazón, y de la facilidad con que nos convertimos á los estudios y especulación por la mañana, y de nuestro poco sosiego en lo profundo de la noche. Aunque el Espíritu Santo, que es Maestro de los que con limpieza y pureza de ánima estudian en la mística teología, no está sujeto á tiempo ni á las leyes de medicina, mas en cualquiera hora que el alma se dispone y Él se determina de visitarla y hacerla mercedes, se las hace copiosamente. Y Cristo nuestro Maestro llama bienaventurados á los siervos que en la primera, segunda y tercera vigiliass fueren hallados apercebidos, esperando

á su Señor (1), y promete servirlos ceñido y enfaldado como siervo, sentándolos á su mesa en su celestial Reino.

El divino Ambrosio, por cosa vergonzosa tiene en el cristiano pasar toda la noche sin levantar el corazón á su Dios y cantarle alabanzas, *pues que las pequeñitas aves previenen el día con solemnidad de cantares* (2). Gran confusión, por cierto, que hagan las aves lo que nosotros no somos para hacer; ellas previenen el día con solemnísimos cantos; nosotros dormimos toda la noche como hombres bestiales. San Jerónimo afirma, de Demóstenes, que madrugaba más que todos los artífices de su tiempo, para el estudio de la elocuencia. Pues si los estudiosos de las ciencias seculares apenas dormían sueño, codiciosos de saber lo que no les fué de provecho para salvarse, ¿cuánta mayor razón tienen de perderle los que procuran el trato familiar con Dios en la oración, por el cual se unen y son un espíritu con Él? El mismo San Jerónimo mandaba á sus devotas vírgenes que cuatro veces por lo menos interrumpiesen la noche con vigiliias. Y San Pablo quiere que nos ejercitemos en ellas, y que sean muchas.

Y por que concluyamos este capítulo (aunque pudiéramos tratar de los muchos daños que han

(1) Luc., 12.

(2) Cum minutissimæ aves solemnî devotione ortum præveniunt dici.—Amb., lib. *De Officiis*.

recibido los dormilones), sólo quiero poner por remate suyo un epílogo que hace el dicho San Jerónimo de los bienes y provechos de la vigilia. «Destiérrese, dice, el temor con las vigiliias, »nace toda esperanza, macérase la carne, marchítanse y enflaquécense los vicios, fortalécese »la caridad, la necesidad se destierra y huye de »nosotros, y la prudencia se nos acerca, el entendimiento se adelgaza y el error se embota; »el demonio, cabeza de los pecados, es herido »con el cuchillo del espíritu, y, finalmente, ninguna cosa hay más acomodada, más suave ni »más bienaventurada que las ganancias que se »nos siguen de las vigiliias, y más si son largas »y con perseverancia.»

San Buenaventura, después de señalado el tiempo de la oración, que es el que hemos dicho, pone tres circunstancias que la han de acompañar. La primera, que aunque el alma se sienta al principio remisa, indevota, fría y soñolienta, que persevere llamando á la puerta de la divina clemencia, pidiendo su afluentísima misericordia para que merezca sentir por amor al Querido que la creó á su imagen y semejanza, con fin de que le amase y amándole le gozase. De manera, que no hay volver atrás en esta lucha, sino trabajar y llamar hasta que se oiga la voz del Amado, que dice: *Yo soy, no temáis*. Y si de sí misma desconfiare el alma, y le pareciere que se halla muy lejos del amor unitivo por el cual se ha de allegar al Querido, es

necesario que aproveche de la otra circunstancia, que es invocar á los Santos que familiarmente tratan con su Dios y le gozan en su Gloria, á los cuales procure inclinar con sus importunos ruegos á que le alcancen, no aquel fuego en que ellos se hallan ardiendo, sino alguna centella del divino amor, y, como pedía la Cananea, de las migajuelas que caen de la mesa de tan gran Señor. Y así podrá decir con el salmista (1): *Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá el ayuda para mí.* La tercera cautela ó circunstancia tiene respecto á la disposición y figura del cuerpo del que ora, que puede ser de muchas maneras.

De la Sagrada Escritura (2) sabemos que Moisés oraba levantado y las manos levantadas en cruz al cielo. De Salomón (3), que, postrado en tierra, derramaba su corazón en el acatamiento de Dios. De la Magdalena (4), que, caída sobre su rostro, derramaba lágrimas en abundancia y regaba los pies de Cristo. También nos enseñó á orar sentada (5), cuando en esta figura oía toda absorta la palabra de su Maestro y Señor. El mismo Cristo oró á su Padre, de rodillas (6)

(1) Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.—Ps. 120.

(2) Exod., 17.

(3) II Paral., 6.

(4) Luc., 7.

(5) Luc., 20.

(6) Luc., 23.

y las manos puestas, que, si era posible, traspasase de Él aquel amargo cáliz de su Pasión. Puesto en cruz sobre la Cruz, el rostro levantado, y con lágrimas, encomendó su espíritu al Padre. Finalmente, de los apóstoles tenemos que, subiendo Cristo á los Cielos, estaban levantados mirando cómo subía (1), y haciendo oración allá en sus corazones por la venida del Espíritu Santo que les había prometido, el cual vino estando ellos sentados.

De cualquiera de estos modos se puede comunmente orar, pues todos los aprueba la Escritura, aunque cada uno se proporciona y acomoda á la cualidad de la oración que hace el que ora. Por lo cual parece que el varón anagógico, y que lucha en este duelo del amor, ni ha de estar postrado, ni en cruz, ni sentado, ni caído sobre el rostro, sino levantado, ó de rodillas derecho, mirando al cielo, esto es, el rostro alto, por que responda la figura corporal al ejercicio de aspirar. Y no parezca invención mía, que San Dionisio enseña á su discípulo Timoteo esta postura, y con razón; porque, estando yo postrado aspirando á Dios, el cual considero sobre mí, forzosamente tengo de hacer esto con tibieza, ó del todo se ha de impedir esta consurrección ó levantamiento del corazón. Otra cosa es cuando lloro mis pecados, como el Publicano, que no osa levantar los ojos al cielo

(1) Act., 1.

por la confusión que padece; ó como la Magdalena, que los fija en los pies de Cristo; pero orando y aspirando á Aquel que, aunque está en toda parte, principalmente le considero en el cielo, el rostro ha de estar mirando al cielo, como quien le habla y tiene presente. Al fin, ella es lucha, y pide cuidado y diligencia para salir con victoria, y aun algunas veces habemos de andar, como Jacob, á brazo partido con Dios. Dejo lo que hace al lugar, que ya se sabe que ha de ser secreto y quieto, y otras muchas circunstancias que han de acompañar á la oración; porque de estas cosas están llenos los libros, y porque quiero tratar de las mañosas cautelas de que ha de aprovecharse el alma para rendir á Dios.



CAPÍTULO X

DE ALGUNAS TRETAS Y CAUTELAS DE QUE SE HA
DE APROVECHAR EL ALMA PARA RENDIR Á DIOS
EN ESTA LUCHA.

SUELEN los diestros y arteros luchadores usar de algunas tretas y cautelas luchando, para derribar á sus contrarios. Y es razón que, pues este tratado se llama lucha y duelo, sepamos de las que podemos aprovecharnos para triunfar de Dios y rendirle á nosotros en la oración.

Guillermo Parisiense dice que podemos emplear las mismas que usan unos hombres contra otros, que son tres ó cuatro. La primera es levantar al adversario en alto, como se dice haberlo hecho Hércules con el hijo por la tierra, porque, así levantado, fácilmente se derriba y es vencido. La segunda usar de zancadilla, que es quitarle lo que le sirve de estribo y sobre que hace fuerza, para que así caiga. La tercera es cansarle, de la cual se aprovechan los muy ligeros contra los robustos y valientes. La cuarta, dejarse caer sobre él. Estas son las tretas de